

CAPITULO III.

De como es una verdad de á folio el refran antiguo de que la sogá se revienta por lo mas delgado.

I.

El 21 de Julio de 861 la cámara de representantes se erigia en *Gran Jurado* para determinar sobre la causa formada contra Payno, ministro del presidente Comonfort.

El héroe de Ayutla á quien el voto de la nacion habia elevado á la suprema magistratura, paró el movimiento progresivo de la revolucion reformista y su torrente lo arrastró como una hoja en el ímpetu del oceano.

El ministro Payno, con esa capacidad que ha hecho de su cerebro un faro de luz perenne, cedió á la condicion humana y aceptó el mas funesto de los errores; quiso como Josué detener la marcha del sol, y se encontró perdido en las tinieblas de una densa noche.

Estar en el esplendor de la grandeza, contar con la voluntad de un pueblo, con un ejército leal y con el espíritu del siglo para llevar adelante las ideas iniciadas por la revolucion, ese pensamiento que ha atravesado medio siglo de san-

gre y de vicisitudes para entronizarse, y quererlo ahogar la misma mano á quien se habia confiado, era una demencia del espíritu humano.

Comonfort y los que le acompañaban abdicaron de esa fuerza de voluntad salvadora de la revolucion, y dieron el *Golpe de Estado* que se registra en la página sombría del 17 de Diciembre de 1857.

II.

Tres años de luto y de sangre responden á ese acto injustificable.

La reaccion conservadora caia otra vez á los piés de la reforma, y los hombres de 57 comparecian ante el jurado nacional á responder los cargos formulados por los hombres de la revolucion.

Comonfort, que habia permanecido en el extranjero, llegaba á las fronteras en aquellos mismos momentos en que se juzgaba á su ministro de Estado y venia á pedir una tumba á su patria; estaba en su derecho.

Dos de los acusados habian sido absueltos y Payno debia contar con este antecedente para su porvenir en la cámara; porque todos los fautores del Golpe de Estado estaban en un mismo grado de culpabilidad.

III.

El lector conoce ya la cámara de diputados.

Desde las diez de la mañana la gente se habia agolpado á las galerías, porque el negocio metia bulla en las regiones populares.

La misma hilaridad que domina en los teatros antes de comenzar el espectáculo, discurría en el público asistente al gran jurado.

Mondoñedo, con su inseparable amigo Felipe Cuevas y

otros estudiantes, se habia apoderado de un palco donde estaba un militar inválido, último resto de los veteranos de 1810.

Los estudiantes la tomaron con el viejo, que era nervioso y exaltado como un demonio.

Llamábase el veterano don Fernando Torre-Mellada, y era coronel jubilado.

Felipe Cuevas, que era amigo de contar historias, recordaba á propósito del Jurado de Payno, el *golpe de Estado* de Iturbide, y estaba ya á punto de decir que habia sido testigo presencial á pesar de no tener mas que veintiocho años, cuando Torre-Mellada pegó un muletazo contra la barandilla.

—Cuerno de Lucifer! gritó con voz aguardentosa, no hay que tocarme al emperador, porque echo uno á uno de estos estudiantes al salon de los diputados.

—No se exalte usted, caballero, dijo Cuevas creyendo á puño cerrado las amenazas del soldadon; se trata de un punto histórico.

—Pues para historias estamos! repuso el inválido, digan cuanto les diere la gana, menos que Iturbide hizo mal en echar á ese congreso de habladores como Roca-Fuerte y Fagoaga; lo digo y lo sostengo donde quieran: aquellos diputadillos no valian un comino donde estaba la espada cortante del emperador.

—No me parece muy exacto lo que usted dice, señor coronel, dijo Mondoñedo.—S. M. tenia un hijo punto menos que fenómeno.

—Qué salida!

—Déjeme usted concluir.

—Siga usted.

—Como los golpes de Estado son una especie de fenómenos, ahí tiene usted la razon por qué Iturbide dió á luz al segundo mónstruo.

—Si se querrá usted burlar? sepa usted, amiguito, que no

tolero bromitas y le abro la fé del bautismo con la muleta.

—Orden, señores, dijo Felipe Cuevas, no demos un escándalo.

—Qué mas escándalo, gritaba el veterano, que juzgar al Sr. Payno; cuando era ministro de hacienda los pensionistas estábamos pagados, y ahora con ese señor poeta que han embaulado al ministerio, estamos á racion de hambre.

—Por qué no dijo usted eso antes? dijo muy sério Mondoñedo: vamos, estreche usted estos cinco.

—Bien, hagamos las paces, pero al que hable una palabra lo estrangulo.

—Puede ser que este viejo tenga alguna hija bonita, es necesario respetarlo, dijo por lo bajo uno de los estudiantes.

—Pues señor Torre-Mellada, en la calle de la Merced número 24 tiene usted su *casa*.

—Me alegro, contestó el veterano, en la mia nadie pone los piés, yo tengo niñas á quienes cuidar.

—Lo dicho, tiene niñas, murmuró Felipe.

—Luego que salga nos pondremos en acecho, el viejo tiene buena cara, puede que las chicas sean regularcillas.

IV.

En otro de los palcos habia dos viudas, pensionistas del erario.

—Niña, decia una de ellas, el señor Payno es muy jóven.

—Sí, es muy niño para dar esos *golpes* tan fuertes.

—Yo, insistia la primera, quiero que lo absuelvan, porque hace unos versos muy bonitos.

—Sobre todo, su *Fistol del Diablo*.

—Yo no quiero que castiguen á los literatos, nos quedamos sin distraccion.

—Y qué tenemos de nuevo?

—Nada! ese maldito gallego me da una vida infernal, no me he casado por no perder la pension.

—Ese señor Mondoñedo me parece un infernal dragon.

—Hace muchos años que se le ha extraviado un hijo y todos los dias lo recuerda con desesperacion, ha dado en tomar coñac, y cuando se ataranta, ha llegado hasta ponerme encima la mano.—Y la tiene muy fuerte.

—Pues ha tenido usted desgracia, porque su primer marido observaba la misma conducta.

—El gallego tiene mucho dinero, recibe mensualmente de España una cantidad.

—Y no sabe usted quién se la envía?

—Es un secreto que no ha querido revelarme, quema las cartas en acabando de leerlas, y no he podido husmear nada.

—Pues yo paso una vida muy tranquila: de mi casa á la tesorería, el dia de quincena hago fiestas reales, doy un convite y bailamos, tengo visitas muy particulares: entre ellas un jóven elegante, fino, caballeroso, que se llama don Fernando Moncada, es uno de los hijos del conde del Jaral.

—Será muy rico.

—Riquísimo y disipado como él solo.

—Y cómo hizo usted las amistades?

—Vivo enfrente de la casa de una jóven novia de don Fernando, pasaba todos los dias, me saludaba, una vez se puso á platicarme, le ofreci la casa, y desde entónces somos buenos amigos.

—Todavía vive usted en Regina?

—Sí, allí estoy para servir á usted.

—Mil gracias.

V.

En uno de los palcos adyacentes al de las pensionistas habia tres jóvenes elegantes de esa sociedad calavera y disipada de México.

Se ocupaban en hablar de todos los diputados y de las personas conocidas de las galerías.

—Allí está Mondoñedo en gran conversacion, decia uno de los jóvenes.

—Y no te ha contado la aventura á que asistió con el frac que le prestaste?

—Ha guardado una reserva profunda.

—Algo guarda ese diablillo.

—Demonio! y el viejo Torre-Mellada está en el mismo palco.

—No es malo que se divierta el veterano, ya que va á llevar un susto de primer órden.

—Siempre esta noche, seguramente, todo lo tenemos dispuesto, el plan no puede ser mas bien combinado.

—La chica merece la pena, Fernando es un hombre irresistible.

—Como que acompaña á su figura la piedra filosofal.

—Tiene mucho dinero.

—Lo podemos decir nosotros que somos sus inseparables.

—Es necesario reservar algo para la seca.

—Hola! doña Juliana y su amiga la comandanta.

—Son abonadas á la galería.

—Parece que Fernando protege mucho á doña Juliana.

—Como que en su casa ha dispuesto las baterías para tomar la casa del sacristan de Regina.

—Qué muchacha tan linda!

—Quién, el sacristan?

—No, hombre, su hija.

—Ya.

—Parece que está completo el número de los diputados, va á comenzar el jurado.

—Me parece que Payno va á salir mal.

—Ese hombre siempre está bien.

—Mientras que Comonfort llega á la frontera, como dicen los periódicos, sin meter ruido con los acicates, su infeliz ministro carga con la responsabilidad del *golpe de Estado*.

—Y los otros comprometidos?

—Todos han tomado las aguas del bautismo revolucionario.

—No está mal pensado.

—Comienza el relato de la causa, oigamos.

VI.

El congreso se erigió en gran jurado y los secretarios dieron lectura á la acusacion y á los descargos del reo.

Terminados los documentos, entre los que figuraban una carta de Payno á los gobernadores invitándoles á un movimiento que diera por resultado la muerte del pacto constitucional, y la confesion explícita y terminante del ministro de Comonfort, su defensor, el licenciado Parada, pronunció un discurso terminando con las palabras del orador romano «Conservad para la república al hombre.»

Payno subió á la tribuna.

Un silencio profundo y solemne reinaba en la asamblea y en las galerías.

Aquel hombre se presentaba con valor y respeto ante sus jueces.

Iba á pedir *olvido y absolucion para un error*.

No era el político que va lleno de subterfugios ante los tribunales, á declinar la responsabilidad en sus cómplices ni á llamarse á engaño.

Payno es hombre de capacidad y aceptó la situacion en aquellos terribles momentos.

Irguióse en la tribuna, tomó una entonacion solemne y conmovedora y explicó su conducta en estas palabras que la mano del destino habia escrito en su conciencia la memorable noche del 16 al 17 de Diciembre de 857:

“El *golpe de Estado* es, en resúmen, el miedo á la sangre y la duda que los hombres de 857 tuvieron de la obra atrevida de la juventud indomable, que realizó el partido *puro* de 1860.

Los hombres de 1857 quedamos atras espantados del camino de muerte y de combates que iban á recorrer los hombres de 1861.

Entre estos dos periodos cortos hay sin embargo una distancia infinita. Son dos generaciones distintas, la una vencida ó confundida en el olvido por su vacilacion, y la otra triunfante y con el porvenir y los destinos de la patria en sus manos.”

Concluyó su defensa encomendando su porvenir y el de sus hijos á la clemencia del gran jurado.

VII.

Se abrió el debate.

Altamirano tomó la palabra y comenzó á lanzar rayos terribles sobre el acusado; formuló cargos, hizo una reseña de los acontecimientos, y dijo con voz atronadora, que el cráneo del ministro hacia tiempo que debia estarse enblanqueciendo en una picota.

La tormenta estaba iniciada.

Diputados y auditorio se dividieron en bandos, y los aplausos y las interrupciones se pusieron á la órden del día.

Suarez Navarro dice que no *está clasificado el delito*, que no hay pruebas suficientes.

Otro diputado habla del golpe de estado de Napoleon, trae á cuento la muerte de Pelegrino Rossi, en 848, cuenta pasajes históricos, y acaba pidiendo que se cumpla con las promesas que trae la revolucion en sus estandartes.

Murmuran los partidarios de Payno, aplauden los contrarios y apenas se escucha la voz de Montellano que insiste en la idea de que no *está clasificado el delito*.

En medio de aquel huracan, Gamboa con gritos desaforados se hace oír de la cámara, dice que la *chicana* no debe permitirse, que basta la confesion de Payno para sentenciarle, que solo recuerda que el gabinete de 57 puso las bayonetas en el pecho á la representacion nacional.

Montes, ministro de Comonfort, clama con voz sonora porque el señor Gamboa pruebe que *todo* el gabinete era cómplice, que de no hacerlo se le tendria por un vil calumniador.

Aplausos y silbidos prolongados se oyen en las galerías. El inválido Torre-Mellada es partidario de Payno y la estudiantina está en contra metiendo una bulla horrible.

El diputado Arredondo desafia en plena cámara á los diputados de la derecha.

El orador concluye en medio de una tempestad de gritos. El presidente manda leer el artículo del reglamento para conservar el órden.

Altamirano se opone diciendo que alguna vez se le permita al pueblo *algo* de libertad.

Los aplausos se redoblan.

Se declara por la asamblea, el dictámen suficientemente discutido.

Mateos y Riva Palacio formulan proposiciones para la cesion de la palabra.

Las proposiciones son desechadas en medio de aquel huracan atronador.

Repentinamente, aquel mar irritado entró en calma, y el silencio discurrió en todo el recinto.

El dictámen se habia sometido á votacion.

Por 83 votos contra 22, fué declarado culpable don Manuel Payno ministro del presidente Comonfort, por su participio en el golpe de Estado.

—Lo dicho, gritó el inválido, la sogá se revienta por lo mas delgado!

CAPITULO IV.

De cómo los ojos negros de una muchacha pueden ocasionar más estrago que dos bombas de á catorce pulgadas.

I.

No habian dado las nueve de la mañana, cuando el estudiante Mondoñedo ya rondaba las cuatro calles que encierran el templo de Regina.

No pasaba un solo transeunte con reloj, á quien el galán enamorado no le preguntase la hora.

Estaba, como suele decirse, dándole dos cuartos al pregonero.

El tiempo caminaba con piés de plomo, y la péndola de los relojes se mecía con una indolencia desesperante.

Mondoñedo se entró en la iglesia, leyó todos los retablos, los convites religiosos, oyó misa, platicó con el monaguillo, y sin embargo las diez no parecían.

El estudiante sintió un calosfrio terrible: sonaba en el campanario el primer toque de las diez.

Mondoñedo se sacudió los botines, arregló los cuellos de la

camisa, se repuso de la emoci6n, y entró decidido en casa de la señora de sus pensamientos.

Subió temblando la escalera, puso la mano sobre la tosca puerta del corredor, y dió un toquido tan suave que no fué escuchado.

Aventuró despues de un minuto un segundo golpe.

La puerta giró sobre sus goznes y apareció en el dintel lo que menos aguardaba el galán.

El sacristán con su cara de vinagre.

El estudiante se quitó instintivamente el sombrero, hizo una caravana, balbutió algunas palabras y se quedó hecho un estúpido.

—Pase usted, dijo el sacristán, si es acaso Manuel Mondoñedo.

—Servidor de usted.

El sacristán dió la vuelta y el enamorado jóven echó á andar tras él.

Entraron en una sala adornada con muebles antiguos de cedro con asientos de baqueta.

—Aguarde á que lo llamen, dijo el sacristán con voz de catarro, y dejó plantado á Mondoñedo.

El estudiante no sabia qué pensar de aquella aventura, estaba profundamente inquieto.

No oía nada, ni una voz, ni un rechinado de puerta; parecia que la casa estaba abandonada.

De repente la puerta vidriera que daba á las piezas que tenían balcones á la calle, se abrió.

—Pase usted, dijo una voz que hizo estremecer al estudiante.

Levantóse como tocado de un resorte y adelantó al aposento de donde habia salido aquel acento del cielo.

Unas cortinas de encaje con goteras de seda carmesí velaban la luz que entraba por los cristales del balcón.

A la pared del fondo estaban dos estantes de nogal primo-

rosamente tallados: el uno contenía libros de historia, el otro las novelas más distinguidas de Walter Scott, Víctor Hugo, Dumas, y Fernández y González.

Un bufete también de nogal, mediaba entre los libreros.

Había algunos papeles esparcidos en la carpeta, y periódicos europeos.

En lo alto de la pared y á igual distancia de los estantes estaba colgado un cuadro de ébano con una pintura al óleo magnífica.

Representaba á la Herodías con su semblante hermoso y terrible, llevando en una fuente de plata la cabeza lívida y ensangrentada de San Juan Bautista.

Aquel cuadro se destacaba sombrío en el fondo nácar y oro de los tapices.

El infeliz novio permanecía con la mirada vaga, en busca de la jóven.

—Por aquí, dijo Rosa señalando una silla al estudiante.

Los muebles todos del aposento eran á la Luis XV, con asientos carmesíes.

II.

Rosa llevaba una bata de cachimira atada á la cintura con un cordón de seda, que después de ceñir el talle se descolgaba por el frente hasta el borde del vestido, rematando en dos borlas elegantísimas.

Una camisola de batista con un cuello encarrujado dejaba ver la torneada garganta de la jóven.

Sus manos pálidas y surcadas de venas azuladas, jugaban con las borlas del peinador.

Mondoñedo, que había pasado la noche estudiando discursos, no encontró una palabra ni un monosílabo que decir á su adorada.

Magnetizado ante aquella mujer, como el pájaro delante de la serpiente, solo se diferenciaba de una estatua en la respiración agitada de su pecho.

La jóven le había puesto encima la mirada, y el desgraciado estudiante dudaba hasta de su existencia.

—Caballero, dijo al fin la hada de aquel retrete, espero me repita usted las frases que ha estampado en este papel.

Mondoñedo sintió helársele la sangre y paralizarse los latidos de su corazón.

—Hable usted, caballero, abandone ese retraimiento, que está usted en presencia de una persona que desea ser la mejor de sus amigas.

Un subido de oídos llevó el vértigo al cerebro del estudiante.

—Hum! murmuró, he sido muy atrevido en dirigirme á usted, pero... en fin... yo estaba... yo soy... Manuel Mondoñedo, un servidor de usted.

La jóven se sonrió al ver la turbación del adolescente.

—Acérquese usted, le dijo con voz argentina.

El infeliz colegial acercó media pulgada su asiento al de la jóven.

—Todavía más cerca, caballero.

Mondoñedo no se movió.

—Puesto que usted no quiere hablar, dijo Rosa...

—No, no, ya voy, me estoy reponiendo porque la impresión es tan fuerte, tan irresistible, que me siento morir ante usted.

—Seré usted, que ya lo escucho.

—Yo he visto á usted en la iglesia, dijo haciéndose una gran violencia el estudiante, hace un mes que no sueño más que con usted, que la veo en todas partes, en la cátedra, en el anfiteatro, en el hospital...

Rosa no pudo contener una sonrisa.

—Tal vez diga barbaridades; pero todo es cierto, absolu-

tamente cierto. Muchas veces me he dicho: es tan hermosa y yo tan horriblemente feo que no podrá amarme nunca; además, soy tan pobre, porque usted ignora que yo soy huérfano, que no conozco á mis padres aunque sospecho que viven, que me mantiene la Providencia, y no me explico como se pasan los dias, estudio sin cesar y me faltan dos años, dos años mortales para ser médico, yo no quiero engañar á usted, entonces seré rico; porque dicen que tengo capacidad para la medicina; vea usted, yo trabajaré mucho desde hoy, yo no quiero mentir, esta ropa que traigo no es mia, me la ha prestado un amigo íntimo de un señor don Fernando Moncada, nieto del conde del Jaral.

Rosa se puso densamente lívida.

—Le sucede á usted algo, señorita?

—No, nada, esa franqueza con que usted me habla me ha conmovido hondamente; prosiga usted, me intereso en sus desgracias.

—No tengo mas que añadir; señorita, mi presente es malo, pero mi porvenir es brillante.

—Y esos señores amigos de Fernando no lo protejen á vd.!

—Yo no he buscado nunca mas proteccion que la del trabajo, solo el amor á usted me ha obligado hasta á pedir este frac, que desgraciadamente lo he manchado.

—Tiene un buen corazon, pensó la jóven.

—Si yo fuera de esos parásitos que viven á costa de esos señores despilfarrados, seria otra mi suerte: sin ir mas lejos, ese señor conde me distingue en su aprecio; con una sola de las sumas que gasta en sus locuras, tendria para vivir un año descansadamente.

—No habia oido mentar al nieto del conde.

—Es muy conocido, dijo con inocencia Mondoñedo; sus aventuras son ruidosas, tiene un gran partido entre las damas, es duelista de profesion y siempre está de conquista.

El semblante de la jóven se cubrió con una nube sombría.

—Cómo dice usted que se llama?

—Fernando Moncada.

—Bien, hablemos de nuestros asuntos.

—Sí, yo espero de usted una sola palabra de esperanza, eso me basta para ser feliz.

—Caballero, dijo Rosa, por ocurrencias que yo no puedo revelar á usted y le ruego no me pregunte jamas, me encuentro en esta casa al abrigo de este buen hombre que me guarda, pero mi familia es rica y distinguida: para que usted pueda alguna vez tener acceso en ella es necesario que usted brille en el gran mundo y frise en la alta aristocracia.

—Señora, me pide usted un imposible.

—No lo es toda vez que usted cuente conmigo.

Levantóse Mondoñedo con el rostro enrojecido por la vergüenza.

—Acaso, dijo con voz entrecortada, con mi franqueza he dado lugar á esta humillacion.

—Siéntese usted, caballero, y escuche.

El estudiante obedeció.

—El misterio de mi posicion me obliga á contar con una persona que me auxilie, es necesario que no sea sospechosa, porque yo necesito saber cosas, que nadie puede decirme en este retiro; usted me ama. . . .

—Y estoy pronto á sacrificarme por usted.

—Bien, las noticias que me son del todo necesarias, solamente usted podrá adquirirlas; Dios dirá del porvenir, si usted me sirve lealmente.

—Señora, la palabra de usted es irresistible, me constituyo desde hoy en esclavo de este cariño.

—Bien, Mondoñedo, desde hoy podrá usted rivalizar y yo le mando que lo haga, con lo mas grande y lujoso de la aristocracia, estreche usted su amistad con ese conde de quien habla con tanto entusiasmo, acompáñele siempre, sea usted

su inseparable, y deme usted cuenta de todo cuanto pase en ese mundo del brillo y del incienso.

Levantóse la joven, acercóse al bufete, abrió uno de los secretos y sacó una cartera que entregó al estudiante, á quien le parecía todo aquello un sueño de felicidad.

—Señora, dijo Mondoñedo con el alborozo de una profunda majadería, vea usted qué casualidad, la cabeza de San Juan Bautista es ni mas ni menos la del nieto del conde del Jaral.

—Bien, bien, dijo la joven, y tendió la mano al estudiante, que la besó con respeto y salió medio loco del aposento de aquella mujer irresistible.

III.

Luego que el colegial hubo desaparecido, la joven se encarró al cuadro de Herodías y fijando una mirada de despecho en la cabeza del Bautista, tan parecida á la de su amante, dijo con acento terrible:

—¡Tengo celos! . . . ¡tengo . . . celos!

CAPITULO V.

De cómo una equivocacion elevada á la cuarta potencia puede costarle á un prójimo la fractura de una costilla.

I.

Cerca de la garita del Niño Perdido hay una casita marcada con el número 17.

Este edificio por estar en los suburbios de la ciudad no tiene el mérito que realzaría en una de las calles del centro.

Un zaguan amplio da entrada á un patio dividido por rejas de palo, de un modesto jardin donde hay árboles seculares y flores hermosísimas.

De ahí se pasa á un llano que se estiende con algunas interrupciones hasta el triste y abandonado cementerio del Campo Florido.

La pared que cierra dos costados del jardin sostiene un corredor que da paso á las entradas principales de las piezas interiores.

En uno de los aposentos hay un escudo de armas, que no es un adorno sino el descanso de aquellos útiles de guerra cubiertos con el orin de los años, y cuyas armas brillaron en los campos revueltos de la insurgencia.

Una montura vieja con adornos de metal amarillo está puesta sobre un caballete, y en lo alto de un ropero se adivina tras una caja de madera blanca, la figura exigua de un gorro montado de la época de los brigadieres.

Un catre de campaña, pero de campaña en 819, está en un rincón del aposento.

Todos los muebles y su colocacion denuncian al viejo inválido, y eso sin haber reparado en un retrato al óleo detestablemente ejecutado.

La pintura representaba á un jóven teniente coronel vestido de riguroso uniforme.

Casaca azul sumamente ajustada, solapa verde, boton dorado, charreteras con canelones esponjados formando la figura de una tarántula, y multitud de condecoraciones.

En cuanto á la figura del militar, dirémos que el artista no habia hecho jugar sombra alguna, pero sí recargado de ócre los cabellos y de rojo las megillas y lagrimales de la víctima, es decir, del retratado.

Al frente de ese cuadro estaba otro aun mas detestablemente pintado.

Era la imágen de una señora sonriendo con pretension y con una mirada oblicua.

Una peineta de carey á la altura de un metro (como hoy se dice segun el sistema decimal) se elevaba como un muro sobre la cabeza de la señora, y sus aretes de diamantes montados en estaño, caian hasta una especie de gola que el pintor habia llenado de adornos y que hacia aparecer á la infeliz señora como metida en una funda de almohada.

Abajo de la pintura se leian estos renglones:

“La señora Brigadiera doña Tomasa Riva de Neyra y Ximenez de Torre-Mellada, á su esposo en su cumpleaños, 1823.”

El retrato del teniente coronel tenia tambien su inscripcion:

“El comandante don Fernando Torre-Mellada, servidor que fué del rey y despues de S. M. I. Agustin I. 1821.”

Aquello equivalia á una historia.

II.

No tenemos necesidad de avisar al lector que se encuentra en la casa del veterano Torre-Mellada.

El viejo soldado está arrellanado en un sillón de baqueta y puesta su pierna de palo sobre un banquillo.

Fuma un puro costeño de á diez reales el ciento, que arroja un humo denso y un aroma de yerba seca.

En una mesa cuadrada de madera blanca está una vela de sebo sobre palmatoria de metal.

Una jóven alegre y bulliciosa cose á la luz de aquella abominable vela, que espabila cada medio minuto.

Un viejo tambien retirado, hace la tertulia, y los amigos se complacen en referir sus chuscadas de cadetes y sus campañas de veteranos, mientras la jóven finje coser y no despega los ojos del reloj de madera, cuya péndula suena como la del reloj de San Diego.

—Tenia yo un coronel, decia Torre-Mellada, que consentia á la tropa de una manera horrible: una vez salia un soldado de una casuca con un gallo robado, el ladron le ocultaba bajo el faldon de la levita; pero el animal era muy grande y dejaba ver sus patas con todo y espolones.

—Qué llevas ahí? preguntó el coronel al soldado.

—Señor, es una guitarra.

—Pues tápale las clavijas, respondió el coronel con la mayor seriedad del mundo.

—Ese hombre era de mi cuerda, mis soldados eran los niños consentidos, eso sí, en tratándose de pelear, entraban como unos endiablados.

Las nueve sonaron pausadamente en el reloj de la sala.

—Me voy, señor Torre-Mellada.

—Va usted á tomar una taza de té y una copita de catalan. Isabel, sírvenos algo.

La jóven dejó la costura, y fué á disponer el té y el catalan.

Luego que la jóven hubo desaparecido, el amigo del inválido acercó su sillón, y dando una mirada recelosa en torno suyo dijo al soldado:

- Amigo Torre-Mellada, el negocio anda mal.
- Como que es día tres y aun no han dado la quincena.
- No es eso.
- Van á cambiar ministro de la guerra?
- Eso importaría muy poco.
- Entonces qué, con mil diablos?
- Es un negocio que atañe á su familia.
- Con doscientos de á caballo, hable usted pronto! gritó el veterano dando un muletazo sobre la mesa.
- Si mete usted ruido no hablo.
- Ya estoy callado ¡con una carretada de satanases!
- Pues he visto rondar dos embozados por la calle, no hace mucho asomaron la cara por los cristales de la ventana, estoy seguro que acechan.
- Voy á traer mis pistolas y al primero que asome las narices, se las vuelo de un balazo.
- Eso es violento, amigo mio.
- Pues señor de López, que lo sea, yo no me dejo manejar los bigotes por nadie.
- Deben ser enamorados de Isabel.
- Razon de mas, á mi hija nadie le hace cucamonas, porque lo descuartizo como esta luz que nos está alumbrando.
- Vea usted, vea usted, dijo en voz baja López, ya . . . ya
- ¿Ya qué?
- Ya no.
- Vea usted, amigo López, está usted esta noche insopor-
table, tome el té y lárguese antes de que arme una de Dios
es Cristo.
- He visto hace un momento al jóven de la ronda.
- Todo ese se quita con llamar á mi hija y no separarme
de ella un momento: ¡Isabel! Isabel!

III.

Daban el toque de ánimas las campanas del Campo Florido cuando llegaba un coche cerca de las bardas del cementerio.

El lugar no podia estar mas silencioso.

Detúvose el carruaje á un costado del átrio.

Dos jóvenes bajaron despues de media hora y se echaron á andar atravesando el llano y en direccion á la garita del Niño Perdido.

—Está la noche oscurísima.

—Sí, muy á propósito para el negocio.

—Donde el viejo husmee la trampa, fracasamos.

—Se le han caido los dientes al viejo lobo, no hay cuidado. Demonio de tierra, toda está empapada!

—Eso importaría muy poco, si nouviésemos encima la tormenta.

Efectivamente, las nubes se iban condensando, y los relámpagos comenzaban.

—Por aquí, Cárlos, por aquí.

—Ya iba yo en direccion á esa maldita zanja.

—Ya estamos cerca.

—Mira, Luis, como tú no me dirijas, vamos á perder la pista.

—Esta es la puerta si no me engaño.

—Sí, ella es.

—Esperémos las nueve.

—Dan en este momento.

Hemos dicho que sonaba esa hora cuando Isabel dejó la sala pretestando disponer el té para el compañero de su padre.

Dirijióse con precipitacion á su aposento, sacó alguna ropa, se la puso al brazo, envolvióse en un albornoz rojo, echóse la capucha y salió resuelta por la puerta del jardin.

Sin volver la cara y decidida á cualesquier lance, abrió la puerta que conducia al llano, y dió una señal particular.

Dos embozados se aproximaron, y sin hablar una palabra le ofrecieron el brazo y se adelantaron violentamente hasta donde estaba el carruaje.

—Hemos llegado con felicidad, dijo Isabel.

—Así parece, respondió Carlos.

—No se ofrece algo?

—No, dijo la jóven, sino que partamos lo mas pronto posible. El coche, llevado por la velocidad de los caballos, desapareció entre la oscura sombra de la noche.

IV.

Felipe Cuevas, historiógrafo de la estudiantina, habia seguido al señor Torre-Mellada, luego que terminó el gran jurado.

El viejo comenzó á andar calles y el estudiante á seguirlo dándole caza.

—Este zorro tiene la guarida muy lejos, decia Cuevas. uno de sus acompañantes llamado Gonzalez.

—Me parece que vive en el pedregal.

—Pues entonces que enamore á su hija el guarda-caminos.

—Dicen que es hermosísima.

—Eso vamos á ver, una ocasion me puse á seguir....

—Por supuesto, dijo Gonzalez, que toda la aventura va á pasar en los Estados Unidos.

—Cabalmente, respondió Cuevas sin desconcertarse, todo aconteció en la Quinta Avenida.

—Adelante.

—Pues como decia....

—Pero el señor Torre-Mellada la lleva larga.

—Decia yo....

—Ya hemos atravesado las calles de San Juan y ahora me embaula en la plazuela, ¡demonio con este diablo cojuelo!

—Decia pues, que iba en seguimiento de una tapada, andando como un desesperado, cuando....

—Se ha detenido un poco el viejo junto al acueducto, descansemos tambien nosotros, que ya sacamos la lengua de cansancio.

—Pues continúo.

—Querido Cuevas, yo quiero algo de historia mexicana, ya la de los Estados Unidos me tiene reventado.

—Está bien, te has perdido de una cosa buena.

El inválido continuó calle adelante.

—Debemos estar cerca de la casa, y la razon es clara: si este hombre vive en un edificio tiene que detenerse en la calle siguiente, porque lo demas es llano y camino real.

Efectivamente el veterano recorrió la calle del Niño Perdido, y ya cerca de la garita se entró en la casa que ya conocen nuestros lectores.

Acercáronse los estudiantes y vieron asomada á una de las rejas, una muchacha simpática, de ojos de fuego, lábios encarnados y frescas mejillas.

Tenia una bata de muselina azul perfectamente entallada, y una cruz de azabache al cuello con una cinta del color del vestido.

Felipe Cuevas y Gonzalez se situaron en el zaguan del frente y comenzaron á hacerle señas y telégrafos.

La muchacha se reia á dos carrillos.

—Adelanto que es una gloria, decia Cuevas.

—Estás de conquista, amigo mio, la chica se rie de los dos que es un gusto.

—Caballero, distingamos, se rie conmigo y al mismo tiempo se burla de tí.

—¡Y por qué no la tomas por el contrario?

—Se amplía lo favorable y se restringe lo odioso.

—Eso será en la cátedra, aquí la verdad es que estamos en ridículo.

—No lo creo, te voy á contar una historia muy parecida á este lance.

—Mira, Cuevas, es mejor que no me la cuentes.

—Está bien, pero entre paréntesis te prohibo acompañar me á esta aventurilla; temo que se truequen los papeles y la hija de Torre-Mellada se enamore de tí.

—Me basta esa confesion, te dejo el campo.

Desde entonces el estudiante rondaba dia y noche las ventanas de Isabel, sabia como se llamaba, le escribia cartas y versos copiados de Espronceda, llenos de fuego y entusiasmo.

Le arrojaba flores por la ventana, y á veces se permitia el lujo de pagar una peseta al italiano del *organito* para dar una serenata á la jovencilla.

Andaba Cuevas tan poco atinado, que escujo el órgano que tenia entre su repertorio "*Los Cangrejos*."

Luego que el viejo reaccionario escuchó la sonata salió á la ventana y dijo tantos horrores y blasfemias, que el italiano se fué con la música á otra parte.

Hemos dicho que Cuevas rondaba la calle; pero dejaba descubierta el flanco que daba á los llanos del Campo Florido, por donde Isabel daba citas á su novio.

¡Pobre estudiante! mientras él dirijia con una entonacion trágica estos versos que habia robado de un album:

"Felice tú que en el paterno nido
Yaces tranquila en apacible sueño,"

la muchacha saltaba del nido y se pasaba las horas en sabrosa plática de amores.

V.

A la hora precisamente en que Isabel abandonaba aquel *paterno nido*, que tan dulcemente cantaba Felipe Cuevas, éste se

hallaba gastando las piedras del embanquetado con sus paseos.

El viejo Torre-Mellada gritaba desesperadamente á su hija, que ya no podia oírle.

Alarmado con la tardanza de Isabel, paróse el veterano, recorrió las piezas todas de la casa, asomóse al corredor, gritó con más fuerza aun, llamando á su hija hasta convencerse de su desaparicion.

—Todita á su madre! dijo el veterano y tomando su sombrero y envolviéndose en su capa salió á la calle hecho una centella.

Lo primero con que dió fué con el estudiante que estaba encaramado en la reja de la ventana.

—Aquí está el bribon, dijo, y le plantó un muletazo tan fuerte que le fracturó una costilla.

—Muerto soy! exclamó Felipe Cuevas, y cayó el desgraciado sobre las losas.

—Señor Torre-Mellada, dijo López, si este hombre se hubiera robado á Isabel no estaria acechándola desde la calle.

—Tiene usted razon, y luego volviéndose á Cuevas que se quejaba espantosamente, le dijo: usted dispense, me he equivocado.

—Maldito seas tú y toda tu casta, viejo estúpido! exclamó Felipe que habia escuchado lo del rapto; uno se sopla la dama y yo recibo la paliza.

—Esta historia sí que no ha pasado en Nueva-York, dijo Gonzalez, cargando con su desgraciado amigo á su saquiza-mí de la calle de la Merced.